demografía, transición demográfica y política demográfica

Es frecuente hoy día evocar el fantasma de una «explosión demográfica» y estar convencidos de poder atribuir al crecimiento de población la razón de la pobreza de muchas naciones. En realidad, la «demografía» se utiliza mal muchas veces, para dar una apariencia de justificación científica a programas de acción con fuerte carga ideológica. Por consiguiente, es necesario considerar las enseñanzas de la ciencia de la población para comprender la notable diversidad de las situaciones, así como para aceptar los mecanismos que explican las causas y la manera de las variaciones demográficas en el tiempo y en el espacio. Estas mismas enseñanzas exigen un estudio atento de las políticas de desarrollo. La ciencia de la población, ciencia humana y social –si así se puede definir–, no puede limitarse a datos numéricos. Es una ciencia fruto de la observación y de la experiencia histórica. Pero denuncia los diagnósticos erróneos con los que se pueden diseñar solo planes de acción inaceptables, pues proponen métodos más o menos declaradamente coercitivos. De esta manera, la ciencia de la población, puesta a salvo de toda manipulación ideológica, está llamada a aclarar los procesos de decisión política de los que la familia y las naciones serán los primeros beneficiarios. (↗ Control de nacimientos e implosión demográfica; Economía doméstica; Familia y desarrollo sostenible; Familia y principio de subsidiariedad; Globalización y cuestión demográfica; ¿Implosión demográfica en Europa?; Leyes imperfectas e inicuas; Nuevo modelo de «Estado de bienestar»; Paternidad responsable; Superpoblación: ¿mito o realidad?).

Estos tres términos parecen formar parte del lenguaje corriente, porque son regularmente empleados en los medios de comunicación. Pero las significaciones que justifican su utilización están a menudo alejadas de la realidad científica. Así, el término «demografía», cuyo sentido objetivo designa la ciencia de la población, es, con frecuencia, empleado para referirse a otros contenidos y, particularmente, a diferentes acepciones subjetivas, que participan de un fenómeno de rechazo de su sentido objetivo. A veces, se quiere dar a entender con el enunciado del término «demografía» al responsable de los males de la humanidad y de la pobreza de ciertos países y regiones. La demografía es, entonces, relegada a una función de chivo expiatorio; ya se ha encontrado la causa de los males del mundo: se trata de la «demografía». En otros casos, la demografía es asimilada a un conjunto de noticias opacas o de consideraciones indigestas, y, por tanto, demasiado oscuras para contribuir al conocimiento. Dentro de estas dos significaciones implícitas, la demografía queda rechazada.

La «demografía» como *chivo expiatorio*

El primer tipo de repulsa es utilizado, cuando se consideran las insuficiencias del desarrollo de algunos países y la im-

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

portancia de la pobreza en el mundo. La «demografía» es, entonces, llamada al banquillo de los acusados como chivo expiatorio ideal. Y el desconocimiento de las realidades demográficas impide a la mayor parte de los ciudadanos denunciar el uso inapropiado de la ciencia de la población.

Desde hace más de un tercio de siglo se ha extendido ampliamente una verdadera ideología para hacer a la demografía responsable de las desgracias del mundo. Los dos libros más representativos de esta ideología militante han vendido cada uno millones de ejemplares en decenas de traducciones: el primero, *La bomba P*, está publicado en 1971 en New York bajo la firma de Paul Ehrlich. Al mismo tiempo que el mundo teme el uso del arma nuclear por una de las dos grandes potencias militares (URSS o USA), el título de este libro utiliza el miedo de la bomba atómica para inventar una amenaza que considera de una amplitud gravísima: la población. El prólogo del libro enuncia brutalmente la cuestión del peligro demográfico al escribir: «Centenares de millones de seres humanos van a morir de hambre en los años 1970-1980» y «ya nada podrá evitar una subida importante del tanto por ciento de mortalidad mundial»[1]. Esta tesis, tomada con avidez por los medios de comunicación del mundo entero, continúa siendo ampliamente compartida por la opinión pública de los países desarrollados, aunque los hechos no hayan cesado de aportarle múltiples desmentidos. Así, contrariamente a la segunda afirmación del prólogo, desde los años 1970, el porcentaje de mortalidad mundial ha disminuido. En los años 1950-1955, este porcentaje es de 19,7 de fallecimientos por mil habitantes. En 1977 ha bajado al 11 por mil; en el 2000, es del 9 por mil. Este descenso se ha producido a pesar del envejecimiento de la población en los países europeos y de Extremo Oriente, de la difusión de una nueva pandemia imprevista –el VIH/sida–, o la excesiva mortalidad causada por conflictos civiles o militares o por la herencia soviética en los países de la Europa oriental de la ex URSS. Dicho de otro modo, la tasa de mortalidad, sistemáticamente a la baja, no ha registrado aumento más que en los países sacudidos por graves conflictos bélicos, políticos (Rusia, Rumania), en los que sufren la nueva pandemia del VIH/sida, o en los países desarrollados cuyo envejecimiento llega a ser importante con motivo del descenso de la fecundidad.

En cuanto a la mortalidad por malnutrición o subnutrición, que corresponde a la primera afirmación del prólogo, es preciso lamentarla en algunas regiones del planeta y en determinados períodos. Pero los niveles más altos de mortalidad no son de ningún modo debidos al número de hombres, a la «demografía», sino a un contexto político: así dos de los mayores excesos de mortalidad registrados desde los años 1970 se explican por gestiones estatales calamitosas. La más mortífera se produjo en China en los «años negros» 1968-1979 con un exceso de mortalidad equivalente a la constatada en los primeros países durante la Primera Guerra Mundial[2]. La acentuación de la colectivización de la agricultura en el marco del programa llamado del «gran salto adelante», y la prioridad dada a la investigación militar provocó una crisis de producción alimentaria que el gobierno ha

[1] P. EHRLICH, *La bombe P* (Fayard, París 1972) XVII.

[2] G.-F. DUMONT, *Les populations du monde* (Armand Colin, París 2001).

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

ocultado largo tiempo a la opinión mundial y luego intentó justificarse, cuando el mundo se enteró de ello por la existencia de «calamidades agrícolas».

Una segunda importante gran mortalidad se desarrolló en Corea del Norte con tres millones de personas muertas por subnutrición entre 1995 y 2000 sobre una población estimada de 23 millones de habitantes. El totalitarismo político que ha transformado a este país en un inmenso cuartel[3], la autarquía colectivista que impedía cambios, decisiones económicas desastrosas y la represión feroz han conducido a ese país a la quiebra total.

Como muestran estos dos ejemplos, las grandes malnutriciones provienen, principalmente, de graves errores políticos en la gestión de las producciones alimentarias. Otras grandes mortalidades observadas tienen por causa conflictos de poder (como la guerra Irak-Irán, la guerra civil en Sudán o las luchas internas en Angola o en Afganistán) y no en la «demografía». Por otra parte, se ha puesto en juego el arte de la nomenclatura, que consiste en mediatizar carestías organizadas por el poder para obtener financiación en su provecho, tras el «éxito» obtenido por los dirigentes etíopes que consiguieron, de esta manera, financiar gran parte de su guerra con Eritrea[4].

Además, Ehrlich aplicaba el carácter nocivo de la «bomba P» no solo en el tercer mundo, sino también en los países desarrollados. No dudaba en comparar la evolución demográfica a un «cáncer», inquietante para todo el planeta, incluyendo a los Estados Unidos. Escribía, en efecto: «Es preciso realizar entre nosotros (en los Estados Unidos) el control demográfico». Al igual que sus afirmaciones precedentes, esta idea no se basa en ningún fundamento, si bien se quiere recordar, por ejemplo, la escasa densidad de los Estados Unidos y las posibilidades considerables de su extenso territorio.

El segundo libro de éxito que hace de la «demografía» el chivo expiatorio ideal de las desgracias de la humanidad es el famoso relato *Alto al crecimiento* redactado por el Club de Roma en 1972. Este relato ha introducido la expresión «explosión demográfica», a menudo considerada como sinónimo de demografía. Considerando que la evolución demográfica es «diabólica», ha suscitado y difundido un gran miedo que no ha cesado, hasta hoy, de enmascarar las realidades demográficas.

A causa de la ideología presente en estos dos libros, que han influido en muchos otros, la «demografía» se encuentra encerrada en la descripción de cifras que asustan, de estadísticas explosivas y de fórmulas espantosas. En la línea de esta mitología demográfica, uno puede recordar el juicio definitivo emitido por uno de los hombres que se ha beneficiado, en el siglo XX, de una de las mayores notoriedades mundiales. En noviembre de 1991, el comandante Cousteau declaraba al *Courrier de la Unesco:* «Es preciso que la población mundial se estabilice y, para esto, sería necesario eliminar a 350.000 hombres por día». Esta frase increíble equivale a una llamada al genocidio, su autor no precisa, por otra parte, si él piensa formar parte de los «eliminados». Significa, al mismo tiempo, que Cousteau desconocía totalmente los mecanismos demográficos, la lógica de la transición demográfica o los efectos de inercia propios de la ciencia de la población.

[3] *Geopolitique de la baim* (PUF, París 2000).
[4] *Ibíd.*

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

LAS CARGAS POLÍTICAS

Presentar la «demografía» como «homotética» de la pobreza es un profundo error. En realidad, las demasiado numerosas bolsas de pobreza que existen en el mundo no son debidas a excesos de población, sino casi siempre a cargas políticas. Tomemos algunos ejemplos: en Europa, Rusia, con un producto nacional bruto por habitante inferior al décimo de Europa occidental o de los Estados Unidos, debe ser en lo sucesivo clasificada entre los países en desarrollo a pesar de las riquezas considerables de su suelo y de su subsuelo y no en razón de los efectivos de su población que, por otra parte, disminuye. Otro ejemplo, en África se encuentra un continente con posibilidades económicas considerables: materias primas, minerales, calidad de los suelos en numerosas regiones... Pero este continente sufre males políticos. Así Guinea se encuentra periódicamente en lo más bajo de la clasificación anual del *Rapport mondial sur le développement humain*. ¿Es a causa de su «demografía»? El informe publicado en 1995 respondía haciendo la siguiente pregunta: «¿Por qué este país, cuyos recursos naturales son tan abundantes, se encuentra en esta posición?»[5]. Conociendo de qué manera los errores políticos del pasado han deshecho la estructura de la economía, el diario francés *Le Monde* precisaba: «Guinea no acaba de pagar los 25 años de dictadura de Sékou Touré, que su sucesor inmediato, el general Lansana Conté, ha rehusado romper, tomándose grandes libertades con las reglas democráticas»[6].

Volvámonos hacia Asia. Entre los países más pobres en las clasificaciones del Plan de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD) se cuenta Birmania, que ahora se llama Myanmar: ¿su pobreza procede de la «demografía», de una población demasiado numerosa en relación con los recursos? De ninguna manera. Birmania, como el territorio de otros numerosos pueblos pobres en el mundo, posee un potencial considerable: inmensos recursos hidrológicos, campos fértiles, amplias tierras sin cultivar, gran diversidad de bosques con especies apreciadas, espacios marinos con vastas zonas de pesca, una gama de recursos mineros muy variados (carbón, hierro, plomo, cobre, estaño, tungsteno, oro, plata, mármol...), minas de piedras preciosas particularmente ricas (rubíes, zafiros, espinelas, jade), petróleo y gas natural... El fracaso del desarrollo birmano, como el de otros muchos países, es político y en nada debido a la «demografía». Dicho de otro modo: como lo muestran estos ejemplos, el problema para numerosos territorios no es la «demografía», sino las políticas que obstaculizan el desarrollo.

Contrariamente a los falsos razonamientos de quienes responsabilizan a la «demografía» de los males de la humanidad, la realidad es muy diferente, tanto si se considera la población mundial como las diversas poblaciones del mundo. Por una parte, el crecimiento demográfico inédito de los dos últimos siglos no es el fruto de un doctor Fausto; es el resultado de un progreso considerable de la humanidad, que llegó a hacer retroceder la mortalidad en proporciones extraordinarias. En numerosos países, la mortalidad infantil, la mortalidad maternal y la de los niños y de los adolescentes han disminuido en más de un 95 %. En consecuencia, la esperanza de vida en el nacimiento se ha

[5] PNUD, *Rapport mondial sur le développement humain* (Economica, París 1995) 128.
[6] *Le Monde* (4-5 février 1996) 3.

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

más que duplicado y a veces triplicado en algunas poblaciones, alcanzando niveles que nuestros antepasados del siglo XVIII habrían juzgado utópicos e inalcanzables.

Por otra parte, hablar de la población mundial en su conjunto tiene un significado muy relativo. En efecto, según las poblaciones del mundo, la natalidad, la mortalidad, la nupcialidad o la migración... experimentan diferencias considerables según los continentes, los subcontinentes, los países e incluso las regiones. Todo razonamiento demográfico que trate exclusivamente sobre la suma de poblaciones dispares, de comportamientos diferenciados, de evoluciones distintas, encuentra muy rápidamente sus límites.

El desarrollo humano que todos deseamos de corazón para el siglo XXI depende, en parte, de las respuestas políticas que se den a los desafíos demográficos. En los países del sur, que deberían beneficiarse de un recurso humano acrecentado, lo esencial depende de la capacidad de los dirigentes para decidir y para poner en marcha unas políticas que permitan a los individuos ser los protagonistas del desarrollo, y que eliminen las políticas colectivistas o prevaricadoras, de las que la historia reciente ha mostrado el fracaso, incluso cuando el país se beneficia de recursos importantes en su suelo y en su subsuelo.

UNA VERDADERA CIENCIA SOCIAL

Cuando el término «demografía» no constituye el objeto de este primer rechazo como responsable de los males de la humanidad, está amenazado por otro rechazo: la demografía es ahora descartada, porque es asimilada a una disciplina que no propone más que un alud de cifras, más indigestas unas que otras, que no ofrece más que datos cuantitativos, cuya significación aparece oscura. Este tipo de rechazo está justificado, en parte y desgraciadamente, por la manera de trabajar de algunos demógrafos que encierran su disciplina en una función puramente estadística y obstrusa.

Ahora bien, el uso más habitual de la palabra «demografía», dentro del sentido ideológico con que se la asimila a la expresión errónea, pero muy utilizada, de explosión demográfica, o en el sentido de un conjunto de datos contables de acceso poco fácil, no corresponde en nada a la realidad de *la demografía, ciencia de la población que tiene por objeto el estudio de las colectividades humanas.* Desde su nacimiento en 1662, la demografía[7] se define como una ciencia social en el importante libro del inglés John Graunt, *Observaciones naturales y políticas.* Este primer trabajo científico en demografía estudia la mortalidad en Londres «en relación con el gobierno, la religión, el comercio, la atmósfera, ... y los cambios de dicha ciudad», como lo precisa el subtítulo del libro. Desde su origen, la demografía no es, pues, una simple estadística de los hombres sobre la tierra. Si así fuera, no sería, según la fórmula de Alfred Sauvy, más que una «simple contabilidad de hombres»[8] y no una disciplina científica. Estudiando los acontecimientos demográficos (nacimientos, matrimonios, muertes, migraciones principalmente), la demografía se fija por

[7] 1662 es el año de nacimiento de la ciencia de la población, aunque el neologismo «demografía» que la designa no será inventado hasta 1855 por el francés Achille Guillard.

[8] A. SAUVY, *Leçon inaugurale au Collège de France*, 1959.

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

objetivo, como cualquier otra ciencia, extrapolar de su campo de investigación esquemas de interpretación, incluso leyes susceptibles de mejorar el conocimiento. Con esta finalidad, recoge datos cuantitativos; pero la comprensión de la evolución de estos, de su interacción entre sí y con las realidades políticas, económicas o culturales, solo toma cuerpo, si este conocimiento cuantitativo está iluminado por aproximaciones cualitativas. Por ejemplo, la demografía analiza las diferencias de esperanza de vida entre el sexo femenino y el sexo masculino según las sociedades y extrae de ellas enseñanzas ligadas a diferencias culturales sobre el estatuto y la igual o desigual dignidad de la mujer[9].

En realidad, la ciencia de la población se encuentra en el corazón de los fundamentos de la vida y del comportamiento de los hombres. Estudiando la migración, considera principalmente las razones que empujan al hombre a dejar la tierra de sus orígenes o a volver a ella. Tratándose de la natalidad, se interesa por las condiciones de aparición de nuevos seres humanos. Examinando la nupcialidad, se interroga acerca del amor humano. Analizando la mortalidad, estudia el contexto en el cual se produce el misterio de la muerte. Recoger datos cuantitativos es una condición necesaria en el campo de estudio de la demografía, porque las enseñanzas así obtenidas, añadidas a otros campos del conocimiento, permiten conocer y comprender la gran aventura de las sociedades humanas.

El esquema de la transición demográfica

La definición de la transición demográfica esclarece bien lo que precede. En efecto, para el científico objetivo, la transición demográfica es un esquema[10] que permite comprender mejor e interpretar las dinámicas específicas de las diferentes poblaciones. Esto no es totalmente una teoría, porque su elaboración, que proviene de la descripción pura de acontecimientos históricos, procede de la experiencia. La transición demográfica es un esquema, que presenta los mecanismos del período durante el cual las poblaciones contemporáneas, principalmente gracias a los progresos sanitarios, pasan de regímenes demográficos caracterizados por porcentajes de mortalidad y porcentajes de natalidad elevados a regímenes de mortalidades bajas que se acompañan, en consecuencia, de natalidades en descenso.

El carácter universal del traslado de las poblaciones contemporáneas en la transición demográfica es incontestable, porque se observa en todos los continentes, comprendiendo incluso aquellos que algunos habían descartado en conformidad con el esquema, como América Latina, Asia, África septentrional o África subsahariana.

Sin embargo, este esquema de la transición comporta dos especificidades, a menudo omitidas, y una ambigüedad ligada, sin duda, a su título. La primera especificidad depende de su calendario, que puede ser muy variable según los países. A menudo no se comprende por qué Europa occidental, desde hace tiempo, ha terminado su transición y por qué el sub-

[9] Así, la esperanza de vida del sexo femenino es particularmente alta en Afganistán tras el régimen de los talibanes.

[10] G.-F. DUMONT, *Le Monde et les hommes, Les grandes évolutions démographiques* (Litec, París 1995).

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

continente indio todavía no la ha acabado. Nos olvidamos de que Europa occidental ha comenzado su transición al final del siglo XVIII y el subcontinente indio, en los años 1920. Comparar la evolución demográfica de la Unión india con la de Alemania en 2001, solo tiene un sentido relativo. La verdadera comparación sería entre la Unión india en 2001 y la Alemania del fin del siglo XIX. Comparar el crecimiento de la China del siglo XX con el de Gran Bretaña en el siglo XX es considerar dos períodos demográficos diferentes. En este caso, el análisis muestra que la transición inglesa ha sido más intensa que la transición china, porque la población de Gran Bretaña se ha multiplicado por cuatro en el siglo XIX y la de China por tres solamente en el siglo XX. Por tanto, es preciso saber situar en su contexto histórico la evolución demográfica de cada país.

La segunda especificidad de cada transición demográfica radica en su intensidad, es decir, en la relación entre el número de habitantes de un territorio al final de la transición en relación con el principio de la transición. En general, esta relación es tanto más elevada cuanto más corta es la transición. Una población que atraviesa rápidamente la transición en menos de medio siglo, como Taiwán, Corea del Sur o Túnez, se multiplica durante este período más que una población cuya duración, en este mismo período, se ha prolongado en un siglo o más. Ahora bien, como los países del sur han podido beneficiarse rápidamente de los progresos sanitarios puestos a punto y experimentados en el norte, su descenso de mortalidad ha sido o es más rápida y, en consecuencia, su transición, más intensa.

DEL MITO DEL EQUILIBRIO DEMOGRÁFICO AUTOMÁTICO...

Aunque su definición científica sea clara, la expresión «transición demográfica» es a veces ambigua debido al significado que, frecuentemente, se le puede dar. En efecto, en lugar de considerarla por lo que es, un período temporal que separa regímenes demográficos de naturaleza diferente, se la considera como el paso de un régimen demográfico estacionario a otro régimen demográfico estable. Prevalece entonces la idea de que, antes de la transición, una mortalidad alta equilibraba una natalidad alta, y que, por tanto, las poblaciones del mundo evolucionaban en la estabilidad. Pero la historia de las poblaciones muestra que esto no es así: ante los considerables progresos de la esperanza de vida debidos a los extraordinarios adelantos económicos y sanitarios de estos dos últimos siglos, el mundo ha experimentado las evoluciones demográficas más diversas, principalmente en función de los contextos políticos de los territorios propios en cada período[11]. La transición no pone fin a un sistema demográfico autoequilibrado, porque este no ha existido nunca.

Por otra parte, lo mismo que esta idea de una estabilidad anterior es tenaz, a menudo se piensa, aunque esto esté ausente en los análisis de los ideólogos del esquema de la transición, que el fin de la transición se traduce en la instauración de un régimen demográfico donde la mortalidad y la natalidad se equilibran para procurar una estabilidad demográfica duradera[12]. Ahora bien, esta idea de un equilibrio final está en el corazón de

[11] DUMONT, *Les populations du monde.*

[12] Curiosamente, este falso razonamiento está todavía presente en UNITED NATIONS, *World population prospect*

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

lo que se llama, en las relaciones internacionales, las «políticas demográficas». En efecto, puesto que habría que alcanzar un ideal estacionario, habría que intentar llegar a él de la forma más rápida posible. Por tanto, sería deseable acelerar por medios coercitivos esta llegada, deseo que conduce a justificar políticas demográficas promovidas por los dirigentes de diversas organizaciones internacionales.

... A LAS POLÍTICAS DEMOGRÁFICAS COERCITIVAS

Por «política demográfica» se entiende, pues, a menudo un sentido restrictivo que designa políticas que apuntan a hacer disminuir la fecundidad considerada *a priori,* y sin un examen profundo, como demasiado elevada. Según esta lógica, con arreglo a los escritos de Ehrlich y del Club de Roma, la señora Gandhi, primera ministra de la Unión india, decidió en 1976 acentuar en la India una política demográfica bastante coercitiva. Ya los poderes públicos indios, con evidente falta de tacto, habían creído oportuno llevar a cabo, desde 1952, una política demográfica autoritaria y unas estructuras de planificación familiar a lo occidental en un país con una red sanitaria insuficiente. Así las poblaciones no llegaban a comprender por qué era preciso limitar la fecundidad a dos hijos mientras que la mortalidad infantil, adolescente y maternal eran todavía tan elevadas. En 1976, el carácter cada vez más coercitivo de la política demográfica india, aplicada diferentemente según las castas, no hacía más que subrayar las desigualdades sociales. En el momento que la natalidad ha comenzado a disminuir de acuerdo con el esquema de la transición demográfica, la política demográfica coercitiva tiene de alguna manera un efecto «boomerang». Por ejemplo, la esterilización, prácticamente obligatoria durante cierto tiempo, fue realizada en unas condiciones de higiene tan malas, que sus consecuencias fueron a veces mortales. Como consecuencia, y a modo de ejemplo, el gobierno de Punjab se ve obligado a decidir la entrega de una indemnización al cónyuge superviviente. Y el reforzamiento del control de nacimientos, practicado al mismo tiempo que la declaración del estado de emergencia, acabó por provocar violencia y la derrota electoral del partido del Congreso en marzo de 1977. Los especialistas más perspicaces consideraron que hubiera sido más prudente evitar esta «política inspirada por un voluntarismo ciego». Errores semejantes se han cometido en otros países. Sin embargo, la experiencia muestra que una evolución equilibrada de la pirámide de las edades es siempre deseable. Brutalizarla, como lo ha hecho, por ejemplo, el gobierno chino[13], no aporta ninguna ventaja suplementaria y comporta, por el contrario, perturbaciones cuyos efectos pueden ser perjudiciales.

2000 (New York 2001). En efecto, esta publicación conserva en su hipótesis media, es decir, aquella a la que hace referencia, una fecundidad supuestamente detenida en 2,1 niños por mujer, mientras que numerosos países registran una fecundidad menor a esta cifra y, en el caso de ciertos países europeos o asiáticos, desde hace varias décadas.

[13] DUMONT, *Les populations du monde.*

DEMOGRAFÍA, TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y POLÍTICA DEMOGRÁFICA

UNA REALIDAD RARAMENTE EXPLICITADA

De hecho, en su definición científica, la expresión «política demográfica» no se reduce a una política de contención de la fecundidad por los medios más eficaces, incluyendo entre ellos el aborto. *La política demográfica se define como el conjunto de las decisiones y de las acciones emprendidas por poderes públicos o parapúblicos, que tengan efectos demográficos.* Una política sanitaria que aumente la longevidad tiene consecuencias demográficas. Una política que facilite la protección de la vida influye sobre la pirámide de las edades. Una política de mejora del territorio puede tener efectos en la geografía de la población. A la inversa, una política que favorezca los gastos militares antes que la política sanitaria o el progreso técnico, penalizando a las parejas con niños, o instaurando la eutanasia, tiene igualmente consecuencias demográficas.

Por tanto, la política demográfica debe ser analizada con la misma mirada que la política económica o la política exterior. Pero cuenta con una especificidad con relación a otras políticas públicas: la mayor parte de estas, en los países democráticos, son explícitas; en cambio, la política demográfica a menudo es más implícita que explícita. Un gobierno no dice que baja periódicamente los subsidios familiares para disminuir la renta relativa de las familias y, en definitiva, disminuir la natalidad. Un gobierno no dice que legaliza el aborto para disminuir los nacimientos y, sin embargo, las concepciones que terminan en un aborto son matemáticamente concepciones paradas antes de término y no se incluyen en el cómputo de la natalidad. Un gobierno no dice que su política maltusiana de vivienda perjudica la extensión y la fluidez del mercado de la vivienda, haciendo el acceso a la vivienda más difícil a las personas que desearían formar una familia. Un gobierno que decida la instauración de un contrato entre homosexuales beneficiándolos con ventajas fiscales y sociales no dirá que los miles de millones que van a estas personas son otros tantos miles de millones que se deniegan a la política de la familia. Un gobierno no dice que las reglas de urbanismo muy rígidas y con procedimientos largos y costosos son un obstáculo material y financiero para la construcción de viviendas para nuevos hogares. Un gobierno no dice que el mantenimiento o el aumento de los impuestos sobre las ventas y compras de vivienda penaliza financieramente a las familias que necesitarían de una vivienda más amplia cuando las familias crezcan.

Por otra parte, los poderes políticos del Estado no son los únicos que ponen en práctica implícita o explícitamente políticas demográficas: es también el caso de los organismos internacionales, de colectivos territoriales y de diversas instituciones que influyen en los acontecimientos demográficos por sus decisiones, por sus discursos, por la difusión de ideas o de creencias.

Los términos demografía, transición demográfica y políticas demográficas son conceptos de contenido preciso y objetivo; conviene, pues, separarlos de los significados ideológicos y erróneos que, con demasiada frecuencia, se les atribuyen.

Gérard-François Dumont